

Nyla K.

Por los Fans

Traducido del inglés por Ana María Rubio Jiménez

CONTRALUZ

PRÓLOGO

A ver, no voy a mentirte. Prepararte para lo que te espera en esta historia es misión casi imposible. Estás a punto de embarcarte en un viaje largo y complejo con estos personajes.

Si ya has leído alguna de mis obras, esto no va a pillarte de nuevas, pero, si es tu primera vez, te pido que te adentres en este libro con la mente abierta, ya que es muy probable que no se parezca a nada que te hayas encontrado antes. No puedo darte una lista con todos los temas que se van a tratar porque nos tiraríamos todo el día y no es plan. No obstante, sí que creo que debería avisarte de ciertas cosas, por si prefieres no ir a ciegas con esto de las advertencias.

Antes de entrar en el meollo del asunto, me gustaría aclarar que este libro contiene referencias a personas, lugares y hechos reales integrados en la ficción. Ten en cuenta que todo ha sido dramatizado en favor del arte y el entretenimiento, así que cualquier referencia al mundo real debe entenderse dentro de dicho contexto ficticio.

Lo siguiente que debes saber, y lo más importante, es que en esta historia se exploran cuestiones muy delicadas, pero, para no destripar la trama, he incluido todas las advertencias de contenido en la sección correspondiente de mi página web.

Aunque lo ideal, en mi opinión, es que experimentes los sentimientos de los personajes de la forma más pura y orgánica posible, no quiero que sea a costa de tu salud mental, así que, si hay ciertos temas sensibles que puedan afectarte, prefiero que los tengas presentes antes de adentrarte en la historia. Tú conoces mejor que nadie tus propios límites. Fíate de tu instinto.

En cambio, si no necesitas ningún aviso especial cuando lees ficción, te recomiendo encarecidamente que no mires las advertencias de contenido de la web y te lances a la aventura. Lo único que tienes que saber es que vas a leer un romance *queer* entre hermanastros que se graban manteniendo relaciones para ganar dinero y que se ven envueltos en una historia emotiva sobre los traumas y sus procesos de curación. A veces se pone un poco intensita, eso sí, pero, si te parece bien todo esto que te acabo de contar, siéntete libre de saltarte esta parte y ve corriendo a conocer a los chicos.

Si quieres saber más, te diré que es una historia de amor con un final feliz. Los protagonistas van a pasarlo mal a lo largo de las páginas, pero, como dijo Harvey Dent, la noche es más oscura justo antes del amanecer. Y te aseguro que Kyran y Avi también tendrán su amanecer, por muy difícil que parezca.

Bueno, dicho todo esto, solo me queda añadir que es una historia llena de momentos tensos, de escenas muy subidas de tono y de mucha diversión. He llorado a mares con estos personajes y con el amor tan puro que se profesan.

Espero que tú también te enamores de ellos tanto como yo.

Inicia sesión y prepárate, que arrancamos. Kyran y Avi están a punto de aparecer en pantalla...



SCAN HERE

LA PLAYLIST DE KYRAN Y AVI

Say It Ain't So, Weezer
She, Green Day
Time to Pretend, MGMT
Loser Baby, La Bouquet, Oliver the Kid
Youth, Glass Animals
...fuck, Johnny Rain
Sweetness, Jimmy Eat World
drunk face, Machine Gun Kelly
Sexy ME, Labrinth
Paranoid, Point North
I Want It, Two Feet
Side To Side, Ariana Grande, Nicki Minaj
Acquainted, The Weeknd
4AM, KID BRUNSWICK
Tell Me Your Secret, Prelow
Alive, Empire of the Sun
Slow Down, Chase Atlantic
Tropic Scorpio, Third Eye Blind
Porn Star, August Alsina
See Through, The Band CAMINO
Cry Baby, The Neighbourhood
Pursuit Of Happiness, Kid Cudi, MGMT
Love On The Brain, Rihanna
Gasoline, Point North
Life Was Easier When I Only Cared About Me, Bad Suns

CALL ME BACK, Chase Atlantic
We Will Rock You, Queen
WE MADE PLANS & GOD LAUGHED, Beauty School Dropout
Swoon, Beach Weather
Black Butterflies and Déjà Vu, The Maine
ALL OUT OF LUCK, Jet Black Alley Cat
First Date, Blink 182
Daphne Blue, The Band CAMINO
Right Here, Chase Atlantic
Kiss It Better, Rihanna
Until I Found You, Stephen Sanchez
Heavenly, Broadside
I'm a Mess, Avril Lavigne, YUNGBLUD
Stay, Ari Abdul
Haze, Sunsleep
I Love U, The Chainsmokers
I'll Be, Edwin McCain

CAPÍTULO UNO

AlexanderElCurioso: Se me ha muerto el canario... Me prestas tu hoyo para enterrarlo??

Avi

¿Alguna vez te has preguntado...? Hace años que tengo un sueño recurrente. No se repite todas las noches, pero, cuando lo hace, siempre ocurre lo mismo.

Estoy en la azotea de un edificio muy alto de la ciudad. No sé muy bien cuál, aunque, por lo alto que parece en mi mente, diría que tal vez es el Empire State Building.

Tengo los músculos tensos y me castañetean los dientes. Todo a mi alrededor da la impresión de ser tan real que puedo sentir la brisa helada enredándose entre los mechones de mi pelo...

No hay barandillas. Me encuentro justo en el borde, tanto que me sobresalen los dedos de los pies.

Lo peor es que sé que debería dar un paso atrás y centrarme con todas mis fuerzas en huir de una muerte segura.

Sin embargo, nunca escucho las advertencias de esa vocecita interior, de modo que me acabo resbalando, como si una parte de mí ansiara encontrarse con el abismo.

Y me caigo.

Empiezo a descender hacia el vacío, pero no es una caída rápida, sino lenta. Me quedo suspendido en el aire y floto frente a cada una de las ventanas del edificio. Los pájaros pasan volando junto a mí y observo a los demás siguiendo con sus vidas tras el cristal. A veces los reconozco.

Mi madre suele estar allí. Alza la vista y sonríe al verme levitando al otro lado de la ventana. Ese gesto siempre me forma un nudo en el estómago. Parece feliz, completamente ajena a la realidad.

No tiene ni idea de que su hijo está a punto de morir.

Lo curioso es que, mientras estoy cayendo en picado, no siento miedo. La emoción de la caída se apodera de mí y me sumerge en un trance onírico que no me conduce a la muerte..., sino a la vida.

Siempre me despierto antes de impactar contra el suelo etéreo y me incorporo de golpe en la cama con una sensación inquietante, como si hubiera estado planeando en el aire de verdad, y, una vez que recupero la conciencia, me desplomo de nuevo sobre el colchón.

Antes pensaba que eran los alienígenas, aprovechando para abducirme por la noche, o que formaba parte de una simulación y alguien estaba toqueteando el código. Quién sabe, oye, no habría sido tan descabellado.

Pero tal vez se trate más bien de un puente o de una especie de portal. Una rendija hacia los lugares más recónditos de mi mente.

Y, por muy aterrador que resulte al principio, no puedo evitar preguntarme qué se siente en realidad al caer desde tan alto.

No me tomo nada de esto de forma literal, por supuesto. No estoy deprimido ni quiero lanzarme al vacío desde lo alto de un edificio. Aun así, a mi subconsciente parece fascinarle la idea de transportarse flotando a otra parte, de arrojarse a un plano desconocido y de saludar entre risas a la gente que se encuentra tras las ventanas mientras yo caigo en picado.

Ya sé lo que estás pensando... «Este tío está drogado hasta las cejas».

No te juzgo; en otra ocasión, podría ser eso, pero ahora mismo no es el caso. De hecho, me muero de ganas de llegar a casa solo para fumarme un porro y olvidarme de otro día estresante en el instituto. Llevo aquí tres meses y todavía estoy intentando acostumbrarme a este sitio, aunque, siendo justos, el instituto de Brooklyn tampoco es que fuera mi lugar favorito.

Hace tres meses, mi querida madre y yo dejamos atrás la ciudad que era nuestro hogar para mudarnos a una zona acogedora del noreste histórico de la que quizá hayas oído hablar: Boston. No me resultó fácil despedirme de Nueva York; me encantaba estar allí, a pesar de ese único pero nefasto recuerdo que nos dio el empujón necesario para hacer las maletas y empezar de cero en otro lado.

Brooklyn ha sido mi hogar y el de mi madre durante toda mi vida y más de la mitad de la suya. De hecho, las calles de Nueva York me enseñaron tanto como mis padres, de modo que tres meses no son suficientes para olvidar todas las cosas que me gustan de la ciudad. Echo de menos el ajetreo,

la suciedad que todo el mundo finge ignorar y la gente a la que no le importa una mierda su aspecto ni lo que piensan de ella los demás. Aunque reinen el desorden y el caos, Nueva York es el punto de encuentro de las personas más auténticas con las que me he topado en la vida.

Boston no está mal. No digo que no tenga sus cosas buenas, pero ni siquiera vivimos allí, sino en Malden, una ciudad pequeña de las afueras.

Sabía que ir a un nuevo instituto iba a tenerme con los nervios de punta a todas horas. Entre acostumbrarme a Boston y a todas esas peculiaridades que la diferencian de Nueva York, y cogerle el ritmo al cuarto año de secundaria e intentar hacer amigos mientras me pongo al día con unos deberes que no me interesan lo más mínimo..., han sido unos meses agitados, cuando menos.

Aun así, creo que lo estoy llevando bien, sobre todo porque he conocido a un chaval que se llama Kyle y vende maría.

En general, no me puedo quejar, pero, como soy bastante antisocial, me está costando eso de hacer amigos e integrarme. Nunca se me ha dado bien, la verdad.

Soy un poco rarito, y no me apetece adoptar otra personalidad para que los demás me acepten. Creo firmemente que todo llega a su debido tiempo. Si en algún rincón del mundo existe alguien a quien también le gusten el arte, la música emo antigua, los críptidos, el *true crime* y Tarantino, sé que tarde o temprano nos encontraremos y nos haremos amigos. No veo la necesidad de forzar las cosas.

«Ajá, el círculo vicioso del introvertido: esperar a que otros frikis como tú se acerquen a ti».

Así que, bueno, todavía no he hecho ningún amigo de verdad (a excepción de Kyle), voy fatal en clase y mi entorno no deja de recordarme lo mucho que difieren Boston y Brooklyn, pero no pienso desanimarme tan pronto. Al fin y al cabo, no se puede hacer una tortilla sin romper huevos, ¿no? Y los míos siguen en su sitio, de modo que aún tengo esperanza.

El móvil me vibra en el bolsillo justo cuando pongo un pie fuera del autobús. Una vez que he cruzado la calle, lo saco y abro Instagram para leer bien la notificación que me ha saltado. Confiando en mi visión periférica, empiezo a caminar por la acera en dirección al apartamento donde vivimos ahora, con los ojos clavados en el mensaje directo que acaba de llegarme:

HollyLang333: Me flipan tus dibujos 😍

Curvo los labios en una ligera sonrisa al leerlo, hasta que tropiezo y casi se me cae el móvil por no fijarme en dónde piso.

Holly es una chica de mi instituto y está en mi clase de arte. Tuve que pellizcarme al verla ojeando uno de mis bocetos antes, pero supongo que, si ha revisado mi perfil y me ha escrito, no me lo estaba imaginando.

«¡Chúpate esa! ¡El panoli de Avi ha ligado!».

Estoy emocionado. Esto no suele pasarme nunca. Holly es muy guapa y, además, me ha dedicado una sonrisa sincera las pocas veces que hemos interactuado, lo cual me parece buena señal. No obstante, lo que más me gusta de todo es que ha elogiado mi arte. Siempre sienta de maravilla que te inflen el ego un poquito, la verdad, y en estos instantes me hace mucha falta.

A lo mejor no puede equipararse a esa sensación de ir por ahí flotando que experimento en mis sueños, pero igualmente me conformo.

«Y ahora que me he acordado de mis fumadas mentales... ¿Dónde está ese porro?».

A mi madre todavía le queda una hora para salir del trabajo, por lo que me da tiempo a encenderme uno antes de que llegue a casa y se ponga a echarme la bronca.

Aunque sabe que me gusta fumar para calmarme la ansiedad, no le hace mucha gracia, porque Hannah Vega no ha probado las drogas en su vida. Apenas bebe de vez en cuando. He intentado explicarle un millón de veces que ya no es ilegal consumir marihuana, pero siempre me sale con la misma cantinela de que todavía no he cumplido los dieciocho.

«¿Qué más dará? Si ya casi soy mayor de edad... Bueno, me faltan dos años y una semana, pero eso no le importa a nadie».

No creo que esos dos años supongan una gran diferencia, aunque me imagino que los padres lo ven todo de otra forma.

Por ejemplo, mi madre hace la vista gorda cada vez que llego a casa oliendo a maría los fines de semana. No deja de montarme pollos, eso sí, pero, por alguna razón que no termino de comprender, no le parece tan grave que fume un poco de hierba los sábados, siempre y cuando no lo haga entre semana. Será una de esas cosas que solo pueden entender las madres.

Le doy las gracias a Holly y añado el emoji de la carita sonriente. Al percatarme de que ya estoy cerca del portal de nuestro edificio, me guardo el móvil y saludo con la mano a la casera, Rosemary, que vive enfrente. Siempre está fuera, regando sus flores y cortando su parcelita de césped de dos metros y medio, con un sombrero de paja tan estrafalario que parece una figurante mal vestida de *La casa de la pradera*. Es una señora rara, pero me cae bien. Además, se le marca tanto el acento de Boston que me hace gracia.

Saco las llaves y abro la puerta con una mano y uso la otra para hurgar en mi mochila en busca de un porro y un mechero, intentando no tirar nada mientras subo todas las escaleras hasta llegar a nuestro apartamento, en la tercera planta. En cuanto entro, me coloco el porro entre los labios y chasqueo el mechero una y otra vez, tratando de hacer que salte la llama.

«Creo que ya va siendo hora de que me pille uno nuevo...».

Consigo encender el porro al cabo de un rato, cuando estoy atravesando el salón de camino a la terraza; sin embargo, por desgracia, me freno en seco al encontrarme a mi madre sentada en el sofá, mirándome fijamente con las cejas levantadas.

Abro los ojos de par en par y me quito el porro de los labios a toda prisa, como quien no quiere la cosa.

—Hostia... ¿Cómo ha llegado esto aquí?

Mi madre pone los ojos en blanco al presenciar cómo me lo apago en la lengua.

—Avi...

—¿Qué haces en casa tan temprano, madre? —pregunto, cegándola con la sonrisa más inocente que soy capaz de esbozar y batiendo las pestañas con la esperanza de parecerle el ser más dulce y adorable del planeta.

Estoy preparado para la regañina que va a echarme, así que tiro la mochila al suelo y me quedo de pie esperando a que me diga algo, pero, al ver que guarda silencio, me fijo mejor en su cara. Pese a la sonrisa que le adorna los labios, parece un poco nerviosa mientras da unas palmaditas en el sofá, junto a ella.

—Ven, siéntate aquí conmigo, hijo mío —ruega con calma—. Tenemos que hablar.

Trago saliva. Vale... Esto no me gusta nada.

Mi madre es mi mejor amiga. Sí, puede que esa afirmación termine de retratarme como el fracasado que soy, así que, como suele decirse, cría fama y échate a dormir con las Converse desgastadas... o algo así.

Desde hace un tiempo, solo nos tenemos el uno al otro. A estas alturas, no nos quedan pelos en la lengua, así que rara vez nos ponemos serios; sin embargo, a juzgar por la tensión de sus hombros y la forma en la que me está mirando, presiento que se avecina una charla importante, de esas que me traen *flashbacks* de Vietnam en los que mi madre, completamente destrozada, me dice con los ojos anegados en lágrimas: «Tenemos que hablar... Es sobre tu padre».

—Prefiero estar de pie —respondo, cruzándome de brazos visiblemente malhumorado, como si así me creara un escudo contra lo que está a punto de ocurrir.

—Aviel, por el amor de Dios, ¿quieres sentarte? —me pide con un resoplido.

—Bueno... —murmuro, acercándome al sofá—. Pero lo hago porque yo quiero, no porque tú me lo digas.

Suelta una risita ante mi comentario y sacude la cabeza mientras me siento a su lado.

—Está bien, jefe, tú mandas.

Me noto la garganta seca y áspera cuando empieza a acariciarme la cara y a pasarme los dedos por los mechones oscuros de pelo.

—¿Qué tal el instituto? —pregunta, y la miro con los ojos entrecerrados.

—Mamá, por favor. Está claro que tienes que decirme algo, así que déjate de rodeos y ve al grano, que me estás poniendo de los nervios.

Me lanza una mirada llena de ternura y ladea la cabeza.

—Lo siento, cielo. No quiero que te enfades... —En cuanto percibo que se le quiebra la voz, me inclino hacia delante, con el alma en vilo—. Pero tengo que darte una noticia.

—¿Qué noticia? —contesto con tranquilidad. Intento mantener la calma y darle el tiempo que necesita para seguir hablando, pero no puedo dejar de mover los dedos.

Entonces inhala una gran bocanada de aire y, acto seguido, la expulsa poco a poco.

—He conocido a alguien —escupe de golpe.

Me he quedado de piedra. Ahora mismo parezco una escultura de mármol de un adolescente conmocionado. No sé por qué, pero era lo último que me esperaba que me dijera.

Mi madre frunce el ceño mientras la miro boquiabierto, como si acabara de confesarme que quiere unirse a una compañía de circo.

—Avi..., ¿estás bien?

—Eh... ¿Qué? —Sacudo la cabeza, obligándome a parpadear unas cuantas veces—. Sí, sí. Claro... Eh... No pasa..., eh, ¿nada?

No quería sonar dudoso, pero la verdad es que no termino de procesarlo.

«¿Ha conocido a alguien? ¿En plan... que va a salir... con él?».

Ha tenido algunas citas a lo largo de los años, pero nunca han llegado a nada. Lo normal es que me diga que ha «quedado con un amigo» o algo por el estilo. Desde luego, nunca me había pedido que me sentase para hablarme de sus ligues.

—Vale... Es que te has puesto un poco pálido... —dice, removiéndose en su asiento, inquieta.

—O sea que... —la interrumpo— tienes una cita, ¿no? Eso está genial —contesto con toda la serenidad que soy capaz de fingir mientras intento no dejarme llevar por el pánico.

—En realidad, ya hemos tenido varias citas. —Se aclara la garganta.

—Anda... —La cabeza empieza a darme vueltas sin parar, como un hámster corriendo en una rueda—. Pues no me habías dicho nada.

—No quería contártelo hasta que estuviera segura de que iba en serio —responde, clavando el azul profundo de sus ojos en los míos mientras parpadea con inseguridad.

—Espera... Entonces, ¿vais en serio? —La voz me sale áspera—. ¿Con quién estás saliendo?

—Se llama Tom.

Solo con pronunciar su nombre se le ilumina la cara de un modo que hace que se me forme un nudo en el estómago.

—¿Tom? —Se me escapa una risita cargada de desdén—. Vaya mierda de nombre.

—Aviel —me reprende, fulminándome con la mirada—, eso es una falta de respeto.

—Perdón. —Me froto los ojos—. Es que... me ha pillado por sorpresa. No lo he visto venir. Nunca me has pedido que me siente para hablarme de tu vida amorosa.

—Lo sé, cielo. Lo siento. No era mi intención ocultártelo, pero, con todo el lío de la mudanza y el nuevo instituto..., me pareció que era mejor esperar y ver si me gustaba de verdad antes de decirte nada —confiesa, dándome un apretón cariñoso en el brazo.

Trago saliva para tratar de calmar la sequedad que me raspa la garganta; estoy hecho un mar de dudas.

—¿Y te gusta?

Asiente con la cabeza.

—Sí. Es un encanto, además de inteligente. Y tiene un hijo de tu edad...

—¿Dónde has conocido a este tío? —pregunto, sin permitirle acabar la frase, aunque estoy centrando todos mis esfuerzos en disimular el hecho de que sigo flipando con la noticia. No quiero comportarme como un niño, pero es que me ha descolocado por completo—. ¿Y por qué no me he dado cuenta de que has salido tantas veces con él?

—Trajo su coche al concesionario —empieza a decir— y me preguntó si quería ir a comer con él. Hemos almorzado juntos varias veces y me ha invitado a cenar en un par de ocasiones...

—Entonces, cuando me decías que te habías quedado trabajando hasta tarde... —murmuro, atando cabos.

—Siento mucho haberte mentado, Avi —responde con un tono triste al mismo tiempo que me coge la mano entre las suyas—. Es que... todo esto es nuevo para mí. Sabes que no he... —Se queda en silencio un segundo y baja la mirada hacia nuestras manos—. No he tenido ninguna relación seria desde que estuve con tu padre.

Esas palabras me arden en el pecho, como si tuviera ácido en las venas.

Mi padre murió cuando yo tenía seis años. Es una auténtica mierda que hayan pasado diez años y mi madre no haya logrado llevar ninguna relación a buen puerto desde entonces. No quiero que sea infeliz; al fin y al cabo, aún es joven. El hecho de que perdiera al amor de su vida en un trágico accidente no significa que no pueda estar con nadie nunca más.

Aunque, claro, yo no sé absolutamente nada del amor. Ni siquiera he tenido novia..., a no ser que cuente lo de Kelsey Lachlan, con la que estuve

saliendo tres días al empezar el instituto. O lo de Taylor Nguyen, la chica con la que me enrollaba alguna que otra vez cuando vivíamos en Brooklyn. Aun así, no creo que pudiera considerarse una relación en ninguno de los dos casos.

No es que no quiera salir con nadie, es solo que no he encontrado todavía a ninguna persona capaz de poner mi mundo patas arriba..., como le ha pasado a mi madre con Tom, al parecer.

—Ay, tesoro, sé que te está costando asimilarlo —dice, echándose sobre mí para consolarme. Me rodea entre los brazos y me aprieta con fuerza mientras me pasa los dedos por el pelo, igual que cuando era pequeño y *ambos* nos deshacíamos en lágrimas por la muerte de mi padre.

—Mamá, que ya no soy un niño —gruño, zafándome de su abrazo—. No me importa que estés saliendo con alguien, pero me gustaría que no sintieras la necesidad de ocultármelo.

—Lo sé, Avi —replica y me sostiene la mandíbula con su fina mano—. Eres el mejor hijo del mundo. Por eso tenía que decirte la verdad. Te aseguro que a mí también me ha pillado por sorpresa todo esto.

Asiento y trago saliva una vez más para ahogar mis inseguridades. Vale, a mi madre le gusta un tío, ¿y qué? Es solo eso, un tío. No voy a tener que llamarlo «papá».

—Entonces..., ¿te gusta de verdad? —pregunto, forzando una sonrisa a la que mi madre no duda en corresponder.

He de admitir que parece unos cuantos años más joven ahora mismo, como si esta relación le hubiera devuelto la vida. No quiero darle muchas vueltas al tema, pero supongo que eso significa que el tal Tom debe de ser muy importante para ella.

—Pues sí, Avi —contesta con un ligero temblor en la voz—. Es maravilloso. Tengo muchas ganas de que lo conozcas. —Abro los ojos de par en par otra vez y suelta una carcajada al verme—. Cuando estés listo, por supuesto.

Dejo escapar un suspiro poco a poco.

«Bueno... Si ella es feliz, yo también. Estoy seguro de que puedo hacer el esfuerzo de... conocer a... este tío».

Pero tendrá que ganarse mi aprobación. Si no está a la altura de mi madre, no pienso dar mi brazo a torcer.

De pronto, resuena en mi cabeza algo que ha mencionado antes.

—¿Has dicho que tiene un hijo de mi edad?

Asiente con entusiasmo.

—¡Sí! Aunque todavía no me lo ha presentado. Estábamos esperando a hablar con vosotros primero...

«O sea, ¿que tenían planeado todo esto?».

—Mamá..., ¿cuánto tiempo llevas saliendo con este tío? —inquiero, mirándola con los ojos entrecerrados.

Se muerde el labio inferior y guarda silencio durante un segundo.

—Unos... dos meses.

—¡¿Dos meses?! —Esta vez abro tanto los ojos que están a punto de salirse de las órbitas—. ¡Si solo llevamos viviendo aquí tres! Joder, no sabía que en Boston había tanto buitre...

—¡Avi! —grita, lanzándome una mirada asesina.

—Vale, vale. Igual son más bien moscas revoloteando alrededor de la miel —rectifico, dedicándole una sonrisa inocente—. Tú eres la miel, por si no te había quedado claro..., porque eres muy dulce.

Se pellizca el puente de la nariz.

—¿Cómo he podido engendrar a un hijo así?

Su desesperación solo contribuye a ensanchar mi sonrisa.

—Aviel, ya te he dicho que siento habértelo ocultado —continúa, suspirando con pesar—. ¿Puedes dejar de hacerme sentir culpable, por favor? Es una situación nueva para todos. Tom acaba de pasar por un divorcio complicado, por eso queríamos asegurarnos de que lo nuestro iba en serio antes de contároslo.

Se me encoge el estómago al oírla hablar así, como si ya fuéramos una familia.

«Mi madre, Tom, yo... y el otro chico. ¿Mi hermanastro? Uf, quita, quita».

Llevo toda mi vida siendo hijo único. No sabría comportarme como un hermano.

—Mamá, tengo que hacerte una pregunta muy importante —susurro, y me observa con recelo—. Por favor te lo pido, ¿puedo irme a fumar?

Se le escapa una carcajada que me hace curvar de nuevo los labios en una ligera sonrisa.

A pesar de la inquietud que se ha apoderado de mí, sigue siendo mi madre y mi mejor amiga. Sí, lo admito: sufro de mamitis aguda. Mientras nuestra relación no cambie, tendré fe en todo lo demás.

Aun así, ahora mismo necesito serenarme un poco antes de perder la cabeza del todo.

—Bueno... —responde, recobrando la compostura—. Ve a la terraza mientras termino de preparar la cena. Prometo hacerme la loca.

—Gracias, mamá.

Me levanto del sofá con alegría y ella sonríe.

—Te quiero, Avi.

Cuando oigo su voz, me detengo en seco y miro hacia atrás por encima del hombro con una sonrisa en la cara. Aunque intento que parezca un gesto desenfadado, no puedo ocultar que, en realidad, estoy algo tenso.

—Y yo a ti, madre.

Me dirijo a la terraza, sosteniendo el porro ya encendido entre los labios, con los músculos rígidos y una maraña de pensamientos imposible de desenredar. No me apetece darle vueltas a la idea de que mi vida está a punto de volver a cambiar drásticamente por segunda vez en tres meses...

Pero eso que se lo digan al porro que me he propuesto dejar reducido a cenizas.

Solo necesito que el humo ahogue estos pensamientos antes de que acaben consumiéndome por completo, por favor.

CAPÍTULO DOS

Pollicornio: Dios, te suplicaría que me destrozaras la vida y luego te daría las gracias.

Kyran

«**N**o quiero tener absolutamente nada que ver con esto...». Cierro los ojos con fuerza e intento concentrarme con más ahínco en lo que estoy haciendo. Pongo todo mi empeño en disfrutar del momento y acallar los pensamientos que no dejan de dar vueltas en mi cabeza por lo que sé que me espera después.

Siento su lengua húmeda y suave dentro de la boca. Los mechones lisos enredados entre los dedos cuando la agarro con fuerza del pelo para seguirle el ritmo. Cada vez que me succiona o me muerde los labios con ternura, le correspondo el gesto, recostado en su cama mientras se balancea sobre mí con sus pronunciadas curvas.

Me siento de puta madre. Joder, como para no... Pero, aun así, estoy distraído. Y no quiero.

Daría lo que fuera por poder dedicarle toda mi atención a mi novia en este instante, pero no paro de pensar en lo que se supone que debo hacer.

«Una mierda, eso es lo que es».

—De verdad que me tengo que ir, cielo. Mi padre va a ponerse hecho una furia si llego tarde —murmuro contra los labios carnosos de Becca en un intento de apartar mi boca de la suya por tercera vez.

—Venga, quédate... —gimotea y procede a deslizar una mano entre los dos hasta detenerse en mi entrepierna—. Te prometo que valdrá la pena.

¿En qué cabeza cabe que un chico de mi edad rechace una oferta como esa? En ninguna, ya te lo digo yo.

Pero tampoco es que dependa de mí. Esta noche es «especial», según mi padre, y ya la simple idea me desagrada bastante. Lo último que me hace

falta es que se tire toda la velada lanzándome miradas de desaprobación tras presentarme allí despeinado y lleno de chupetones.

Aunque creo que Becca no me ha dejado ninguno a la vista, no me apetece arriesgarme.

—Por muy tentador que suene —sonrío y la beso con ternura una última vez al mismo tiempo que me aparto con delicadeza—, tengo que irme. Si lo cabreo ahora, voy a terminar castigado lo que queda de verano. Y no queremos que eso pase, ¿verdad?

Sigue haciendo pucheros y tocándome por todas partes con dedos ansiosos, pero luego se detiene y deja salir un suspiro.

—Tienes razón. Además, la fiesta en la piscina de Kim es dentro de dos semanas y no puedes perderte bajo ningún concepto el bikini que me he comprado. —Bate sus largas pestañas postizas mientras me mira—. Te va a flipar cuando lo veas.

Le aprieto un poco los dedos contra la cintura.

—Me muero de ganas.

Le doy un último beso rápido en los labios y ruedo por la cama para zafarme de su agarre. Me despido con la mano, le lanzo un beso y salgo disparado de su habitación, directo hacia las escaleras. Al salir por la puerta, empiezo a sacudir la cabeza, molesto con la situación.

«Joder, no me puedo creer que haya renunciado a darme el lote con mi novia por esto... Encima tenemos la casa para nosotros solos».

Los padres de Bec se pasan el día trabajando y, ahora que estamos en plenas vacaciones de verano, podemos hacer lo que nos dé la gana, siempre y cuando sea antes de las seis. Tenía muchas ganas de volver a acostarme con ella. La primera vez que lo hicimos (en la que nos estrenamos ambos) no estuvo nada mal, pero fue un poco... raro. Aunque tal vez esa no sea la mejor palabra para definir aquella experiencia...

El caso es que ambos estábamos hechos un manojo de nervios, así que no veía la hora de volver a montarla (joder, ni que fuera una yegua). Al fin y al cabo, la práctica hace al maestro, y a mí se me da bien casi todo, por lo que calculo que con un par de veces más seré un hacha también en la cama.

Pero no. En lugar de estar metiéndole de nuevo mi polla ansiosa, voy de camino a casa un viernes por la noche para cenar con mi padre, la mujer a la que se está tirando y su hijo.

«Preferiría darle un buen trago al bote de la lejía».

Y, aun así, estoy yendo porque siento una necesidad patológica de complacer a las figuras de autoridad, sobre todo a mi padre. A veces desearía mandarlo a la mierda, dedicarle una peineta y hacer solo y exclusivamente lo que yo quiera.

Pero entonces me acuerdo de que, por mi bien, *necesito* disponer de cierto orden y estructura en mi vida. Es lo único que impide que me coma la cabeza con... otras cosas.

Relego esos pensamientos al fondo de mi mente, camino hasta la parada del autobús y me dedico a esperar. Por norma general, soy una persona bastante paciente, pero también estoy hasta los huevos de ir en autobús a todos lados. En cuanto cumpla los dieciséis, pienso sacarme el carné de conducir. Mi padre dice que, si saco sobresalientes en todo el primer semestre del penúltimo año del instituto, me compra un coche. He ahí la meta de este otoño. Pan comido.

Cuando por fin aparece el autobús, me monto y me siento en silencio, aunque sigo rumiando mis pensamientos a medida que subimos por Highland Ave. La casa que tenemos en Somerville es bonita... A decir verdad, mucho más que la otra, en la que me crie, que, por cierto, también estaba en Somerville, justo en la otra punta de la ciudad. Creo que, después del divorcio, mi padre quería demostrar a toda costa lo *bien* que le iba y por eso se compró una casa mejor que en la que vivíamos cuando él y mi madre aún estaban juntos.

Lo más importante es mantener cierta imagen. Una *fachada*. Mientras todo parezca perfecto por fuera, da igual lo podrido y deteriorado que esté por dentro.

Aprieto los dientes, saco mi móvil del bolsillo y abro la cámara. Acto seguido, fuerzo una media sonrisa, me hago un selfi y lo publico en mi cuenta de Instagram con el siguiente pie de foto:

Otro día a tope en Somerville. Me siento #afortunado por mi ciudad natal.

Lo leo y suelto un suspiro lento.

Cuando el autobús se detiene en mi parada, me bajo y recorro andando la calle que conduce hasta mi casa. Por suerte, no veo ningún coche des-

conocido en la entrada, lo que significa que nuestros invitados aún no han llegado.

«A lo mejor se han arrepentido... A lo mejor no tengo que aguantar la cena esta de mierda y puedo salir con mis amigos en lugar de someterme a esta versión paterna de la tortura del submarino».

Por desgracia, al entrar en casa percibo olor a comida, por lo que intuyo que el plan sigue en pie. Enseguida veo a Theresa metida en la cocina, preparando un plato mucho más elaborado de los que suele hacer cuando solo estamos mi padre y yo.

Él no cocina ni lleva a cabo ninguna tarea de la casa, así que, tras el divorcio, contrató a Theresa para que se encargara de todas esas cosas. Es una mujer agradable y, aunque nunca lo admitiría en voz alta, me gusta que esté por aquí, porque hace de mediadora entre ambos. Un rol muy necesario.

«No me quiero ni imaginar cómo sería vivir en esta casa si estuviéramos nosotros dos solos...».

—Llegas tarde —dice mi padre con la voz ronca desde la sala de estar. La espalda se me tensa de inmediato al oírlo.

—Me dijiste a las seis y media... —murmuro, dándome la vuelta despacio.

—Y son menos cuarto. —Levanta la muñeca y me enseña el Rolex, como si así reforzara su mierda de argumento—. Esa es la definición de «tarde», Kyran.

Aprieto los puños a los lados.

—Bueno, todavía no han llegado, ¿no? —replico, pero se queda mirándome con los ojos entrecerrados. Entonces respiro hondo para calmarme y rectifico—: Estaba con Becca.

Asiente levemente con la cabeza, lo que me indica que mi excusa le basta para no seguir echándome la bronca. A mi padre le cae bien Becca, sobre todo porque su familia es de Southie y tiene dinero. En realidad, eso es lo único que le importa.

Se la sudan la personalidad y los intereses. Para Thomas Harbor, haberte criado en un entorno católico irlandés de Boston es más que suficiente.

—Ve a cambiarte para la cena. —Le da un trago a su vaso de Jameson—. Estarán al caer.

Se me pasan por la cabeza un montón de cosas que quiero decirle, pero, como de costumbre, me las guardo todas y obedezco sin rechistar. Me dirijo con paso firme hacia la escalera y subo a mi habitación.

«Es que no entiendo por qué tenemos que hacer todo esto...».

Mis padres llevan tres años divorciados, y sé que él ha estado saliendo con otras mujeres. Aunque no me haya hablado de ello, tampoco hace falta ser un lince para darse cuenta. Sale trajeado por las noches y siempre vuelve a casa cuando yo ya llevo un buen rato durmiendo.

Pero ahí acaba la cosa. Me suda la polla que tenga sus ligues. Por mí, como si se tira a toda la ciudad de Boston.

Lo que no quiero es verme forzado a conocer a las tipas con las que se acuesta. Eso solo le incumbe a él y a nadie más. ¿Por qué me tiene que obligar a mí a soportar una cena incómoda con esta mujer y su hijo? ¿Qué pinto yo ahí?

Empiezo a pensar en mi madre mientras me quito la ropa y me cambio para la cena. Se volvió a casar seis meses después de que se formalizara el divorcio y se quedó embarazada al poco tiempo. Pasó de ser Elena Harbor a secas a convertirse en Elena Harbor-McLaughlin. Ahora vive en Cambridge con su marido, Paul, y mi media hermana, Paige, a quien solo he visto una vez.

Apenas mantengo el contacto con mi madre, aunque tampoco me extraña. Parecía que se moría de ganas de huir de su antiguo matrimonio... y de mí. Y de los recuerdos que compartíamos. Qué rápido se desmoronó todo...

Cierro los ojos y me los froto con tal fuerza que, cuando vuelvo a abrirlos, solo veo destellos de luz. Cojo el móvil, abro la cámara y poso para un buen selfi sin camiseta. A pesar de que no pienso subirlo, me lo hago igualmente y me quedo un rato mirándolo, analizando mi cuerpo y mi figura.

Estoy en buena forma, lo cual es lógico, teniendo en cuenta la cantidad de horas que me paso jugando al fútbol americano. Recorro con los ojos la foto que se ve en la pantalla, fijándome en el pelo rubio oscuro, peinado hacia atrás con los dedos, y en la piel ligeramente bronceada por el sol de los primeros días de verano.

Parpadeo varias veces ante el chico que me devuelve la mirada y los latidos acelerados de mi corazón se van calmando poco a poco.

—Ese eres tú —susurro.

—¡Kyran! —me llama a gritos mi padre desde abajo.

Al oírlo, me sobresalto y vuelvo a la realidad.

—¡Ya voy!

Termino de abrocharme los botones de la camisa, me meto el móvil en el bolsillo, le echo un último vistazo al espejo y salgo de la habitación.

Estoy convencido de que mi padre ha montado todo este espectáculo sin sentido solo para aparentar. No creo que vaya en serio...

Pero, cuando lo veo abrir la puerta y saludar a unos desconocidos mientras bajo las escaleras, una vocecita dentro de mí me dice que esconde algo más.

Mi madre se volvió a casar. Tiene una hija y una nueva familia. Una vida completamente diferente a la que compartía con nosotros.

A ojos de mi padre, eso es una victoria. Y él no puede quedarse atrás.

—Hola, preciosa —dice mi padre con una sonrisa en la cara, dirigiéndose a una mujer de pelo negro.

«¿“Preciosa”? Lo que me faltaba... Qué asco».

Le besa la mejilla. Luego le hace un gesto para que pase y ella lo sigue adentro con otra sonrisa. No me gusta nada cómo se están mirando; sin embargo, dejo de prestarle atención a la repugnante imagen de mi padre babeando por otra mujer cuando un chico alto con el pelo igual de oscuro entra justo detrás de ella.

Me detengo en seco en el penúltimo escalón, con el ceño fruncido.

—Thomas, te presento a mi hijo, Avi. —La mujer señala al chaval, que parece tener mi edad, mi misma estatura y una complexión similar... Aunque puede que él esté un poco más delgado.

Su madre le echa una mirada de reojo y esboza una sonrisa nerviosa al ver que extiende el brazo hacia mi padre.

—Es un auténtico placer conocerte, Avi. —Le estrecha la mano que le ha ofrecido—. Y, por favor, llámame Tom.

—Vale, Tom... —El tal Avi da la impresión de estar examinando a mi padre. Clava los ojos en él y lo barre de pies a cabeza con una mirada protectora, sin alejarse de su madre, que le da un codazo que le arranca un gruñido—. Eh, gracias... Igualmente.

Arrugo la frente.

«¿De dónde cojones ha salido este tío? Parece un poquito gilipollas».

—Kyran. —Mi padre pronuncia mi nombre con la habitual seriedad de su acento irlandés, lo que me impulsa a bajar a regañadientes los pocos escalones que me separan de ellos—. Estos son Hannah Vega y su hijo, Avi. —Me lanza una mirada que hace que me enderece de inmediato y les tiendo la mano.

—Hola —murmuro con evidente desgana—. Yo soy Kyran. Encantado de conoceros.

—Hola, Kyran —me saluda Hannah mientras me estrecha la mano con una sonrisa. Por mucho que me fastidie admitirlo, parece maja. Tiene la voz suave y melodiosa, y ella en sí es realmente guapa. La piel aceitunada y el pelo largo y negro le dan un aire mediterráneo—. He oído hablar mucho de ti.

La blancura perlada de sus dientes casi me deslumbra, al igual que su amabilidad, pero, por alguna razón que no logro comprender, cuando le suelto la mano y me giro hacia su hijo, lo único que siento es hostilidad.

—Qué hay —dice este, con una sonrisa que revela unos hoyuelos pronunciados.

Rechino los dientes.

—Ey. —Le estrecho la mano con fuerza, apretando, para que le quede claro quién manda aquí.

«Mi padre, sí..., pero también yo».

Nos pasamos un rato más largo de la cuenta evaluándonos el uno al otro. Bueno, más bien *yo* soy el que lo evalúa. Él parece que me observa sin más, aunque lo hace de tal modo que me siento juzgado y me pongo de los nervios.

—¿Queréis algo de beber? —les ofrezco tras alejarme de él, en un intento de ser educado.

A pesar de que he centrado mi atención en Hannah y estoy poniendo todo mi empeño en ignorar a Avi, no puedo evitar echar un breve vistazo en su dirección para ver qué está haciendo. Ya ni siquiera me está mirando a mí, ahora se ha puesto a recorrer la casa con los ojos.

«Mmm... El atontado este se distrae con una mosca. Pobre cachorrito».

—Pues sí, gracias —responde Hannah, pero se gira hacia mi padre—. Tomaré lo mismo que tú.

—Ven. Tengo una botella de un burdeos espectacular lista para descorchar —contesta él, agarrándola del brazo.

«Puaj. Acabamos de empezar y ya me tienen harto».

Nuestros padres se alejan y nos dejan ahí plantados como dos imbéciles. Avi los sigue con los ojos un instante, con el mismo brillo protector de antes, mientras que yo vuelvo a mirarlo y estudio su ropa. Lleva puestos unos vaqueros negros ajustados con rajas en las rodillas, unas Converse desgastadas y una camiseta gris oscuro con cuello de pico que le marca el torso.

Saco un poco de pecho. «Podría con él».

—Bueno, pues... hay refrescos y demás en la cocina, por si te apetece algo —murmuro en un tono bastante refinado, aunque no me interesa en lo más mínimo entablar conversación con este tío. Me basta con mirarlo para saber que no tenemos nada en común y que lo de esta noche va a ser una putísima pérdida de tiempo descomunal.

—¿Para nosotros no hay vino? —pregunta y, al ver que pongo una mueca, empieza a reírse—. Era broma. Relájate un poco. —Me da una palmada en la espalda, de esas que resuenan, y se dirige a la cocina.

A este paso, el ceño fruncido va a convertirse en un rasgo más de mi cara.

Cuando oigo a Hannah y a mi padre compartiendo risitas en la sala de estar, tenso la mandíbula con tanto ahínco que siento que estoy a punto de romperme los dientes. Encima, por si eso fuera poco, al llegar a la cocina me encuentro a Avi abriendo el frigorífico como si estuviera en su casa. Se saca una lata de Coca-Cola, la abre y le da un sorbo. Luego, hace el típico ruidito de satisfacción que emite la gente tras beber algo que para su paladar equivale a ambrosía y se apoya en la encimera.

Tardo un instante en darme cuenta de que tengo los puños apretados a ambos costados.

—¿Tú de qué vas? —pregunta, y vuelvo a fruncir el ceño, irritado y confundido.

—¿Que de qué voy? —me mofo—. Yo no voy de nada. ¿De qué vas *tú*? Esboza una sonrisa que me saca de mis putas casillas.

De nuevo, me recorre con la mirada lentamente, de arriba abajo. Aunque me invade la acuciante necesidad de rodearme el cuerpo con los brazos para protegerme, me obligo a enderezarme y permito que continúe, pero lo vigilo de reojo.

—Tienes pinta de pijo —dice en un tono despreocupado—. ¿Eres el típico deportista que va presumiendo de musculitos o algo por el estilo?

Me esfuerzo por tragarme la rabia que amenaza con apoderarse de mí a un ritmo más acelerado que de costumbre.

—Juego al fútbol americano, si es a eso a lo que te refieres —gruño.

—Era de esperar —suelta con un resoplido.

—¿Qué coño estás insinuando?

Theresa aparece en la cocina en cuanto termino de escupir la pregunta.

—Bueno, chiqui, ya está bien. Por mucho que me encante tenerte revoloteando por aquí mientras intento cocinar, necesito que te apartes un poquito. Estás ocupando demasiado espacio. —Se detiene con una cuchara de madera en la mano al percatarse de nuestro invitado—. Anda, hola. ¿Y este quién es?

Pongo los ojos en blanco cuando veo que Avi le dedica una sonrisa.

«¿Por qué sonríe tanto? Parece que está chalado».

—Es Avi —murmuro—. Su madre está... saliendo con mi padre. O eso dicen.

Theresa nos echa un vistazo rápido a ambos, levanta una ceja un instante y luego le ofrece una sonrisa educada a Avi.

—Pues encantada de conocerte, Avi. Yo soy Theresa, pero puedes llamarme criada o señora, según te apetezca, como el título de aquella película.

Avi se ríe y entonces chocan los cinco, como si se conocieran de toda la vida.

Soy consciente de que no es normal que me hierva la sangre de esta manera por una tontería como esa, pero no puedo evitarlo. No me gusta nada lo que está pasando. Una cosa es que mi padre traiga a esta mujer y al tonto de su hijo a cenar, pero que se crean los dueños de la casa y se hagan amigos de *mi* Theresa...

No lo soporto.

Justo en ese momento, mi padre y Hannah entran en la cocina agarraditos de la mano.

—Qué os parece si os enseño la casa —dice alegremente. Está sonriendo de verdad por primera vez en toda mi vida. Y parece *feliz*.

«¿Qué clase de pesadilla es esta?».

—La cena estará lista en diez minutos —los avisa Theresa.

—Estupendo —responde mi padre sin dejar de sonreírle a Hannah, ni ella a él.

Me hierve la sangre.

Mi padre procede a hacerles un *tour* por toda la casa a Hannah y a Avi, que se quedan maravillados ante todo lo que les muestra y no dejan de emitir exclamaciones de asombro, como si no hubieran visto nunca una casa. Mientras tanto, yo me limito a seguirlos, echando humo por las orejas.

No me apetece ponerme celoso de estas dos personas que acabo de conocer. *Odio* los celos. Por lo general, siempre logro proyectar la suficiente confianza en mí mismo como para mantenerlos a raya, pero ahora mismo me resulta imposible acallar al monstruito verde que habita en mí.

Por cómo se está comportando mi padre, da la impresión de que lleva años amargado y por fin ha encontrado la felicidad de nuevo, gracias a Hannah Vega y al caraculo risueño de su hijo. Eso ya de por sí hace que me sienta como una puta mierda, pero es que, encima, ella es diametralmente opuesta a mi madre y al tipo de mujer que suele atraer a mi padre. Aunque apenas la conozco, basta con verla y oírla hablar para corroborarlo, y él parece encantado con el hecho de que su novia no tenga nada en común con mi madre.

Una vez que terminamos de recorrer la planta de arriba, mi padre y Hannah empiezan a bajar las escaleras charlando, pero Avi se acerca a mí para susurrarme algo.

—Tu habitación es muy sosa.

Acto seguido, se dirige escaleras abajo dando fuertes pisadas y me deja allí plantado, con unas ganas tremendas de molerlo a palos.

«¿Qué coño le pasa a este tío? ¿Es que no lo han educado en su casa? ¡Que nos acabamos de conocer, joder! Y ya está soltándome pullitas, el emo chulito de mierda».

Tengo un humor de perros cuando nos sentamos a la mesa. Theresa nos sirve la cena y luego se apresura a retirarse para que comencemos a comer, sumidos en una tensión tan densa que se podría cortar con un cuchillo.

No me habría importado pasarme la noche removiendo la comida en el plato en silencio, pero, por desgracia, mi padre decide darles conversación.

—Bueno, Avi, ¿qué te parece el instituto de Malden?

Avi levanta la vista hacia él y se queda mirándolo un buen rato mientras mastica y parpadea con los ojos muy abiertos, como si no supiera qué responder.

—No está mal —dice al fin, jugueteando con el tenedor—. La clase de arte es bastante guay.

—Avi se inclina más por el arte —dice Hannah, mirando a su hijo de reojo—. Siempre ha sido... complicado intentar que se interese por otra cosa.

Me fijo en él. Si mis padres me lanzaran un comentario como ese, me sentiría cohibido; sin embargo, da la impresión de que a él no lo afecta en absoluto. Lo único que hace es encogerse de hombros y meterse otro bocado de pollo en la boca con una sonrisa.

—Vaya... —contesta mi padre, y me preparo para su matraca habitual sobre lo importante que es la educación, sacar buenas notas para entrar en una universidad que esté a la altura y todos esos rollos. Pero, en lugar de eso, se limita a decir—: Bueno, estoy seguro de que no tardarás en encontrar tu camino. Por lo menos, ya tienes claro lo que te apasiona.

Casi se me sale la bebida por la nariz al oírlo.

—A Kyran le va bien en el instituto —prosigue—, pero su verdadera pasión es el fútbol. ¿Verdad, hijo? —Me dedica una sonrisa amable que me niego a corresponder.

«¿Quién coño eres tú y qué has hecho con el filofascista de mi padre?».

—Sí —gruño, desconcertado—. Me encanta el fútbol.

Avi me sonríe con suficiencia.

—A ver si lo adivino... Eres el quarterback del equipo.

Frunzo los labios, porque ha dado en el clavo: soy el quarterback. Y estoy orgulloso de ello, pero, por alguna razón que no alcanzo a comprender, no me apetece darle el gusto de pensar que me tiene calado desde el principio.

Menos mal que ya está aquí mi padre para hacerlo.

—¡Sí! —responde por mí con satisfacción—. Tiene todas las papeletas para entrar en el equipo universitario el año que viene. Después podrá competir por una beca para la Boston College.

—¡Anda! —exclama Hannah con entusiasmo—. El equipo de fútbol de la Boston College... Qué emocionante, ¿no, Avi?

—No sé si esa es la palabra que yo usaría... —contesta y vuelve a enco-
gerse de hombros mientras sigue comiendo.

—Avi también estaba pensando en ir a la Boston College —añade su
madre.

Él alza la cabeza de golpe.

—Ah, ¿sí?

—Tienen un programa de arte excelente —continúa, ignorando a su
hijo y dirigiéndose sobre todo a mi padre, que asiente para mostrarle su apro-
bación.

—Eso he oído. El instituto de Somerville también ofrece unas clases de
arte magníficas, pero a Ky no le interesa nada que no sea el fútbol. Por eso
optamos por un centro público en vez de uno privado. Además, necesitá-
bamos que el equipo estuviera a la altura...

«Claro, papá. Por eso estoy en un instituto público, di que sí...».

—La Boston College me parece maravillosa —remata Hannah con un
suspiro.

—¿No sería divertido que los dos fuerais al mismo centro? —comenta
mi padre, sonriente.

Da la impresión de que nos lo está preguntando a nosotros, pero ni si-
quiera nos ha mirado. Solo tiene ojos para Hannah. Se está esforzando tan-
to por impresionarla que siento que voy a potar del asco en cualquier mo-
mento.

—¿Puedo levantarme de la mesa? —pregunto en un tono evidente de
enfado.

—Por supuesto que no. Acabamos de sentarnos —gruñe en voz baja sin
dignarse a mirarme—. Bueno, contádnoslo todo sobre Nueva York. ¿Qué
tal era la vida en Brooklyn?

«No. Me. Interesa. Ni. Lo. Más. Mínimo». Tengo que luchar contra las
ganas de hundir la cara en el plato.

Hannah empieza a relatarnos con entusiasmo cómo era su día a día en
Brooklyn antes de mudarse aquí el año pasado. Imagino que mi padre ya
se sabe esa historia de memoria, pero, aun así, la escucha embelesado.

Al parecer, su marido falleció hace algunos años, pero no entra en deta-
lles sobre lo sucedido, y eso aviva mi curiosidad. Hasta que menciona de
dónde proviene en realidad.

Hannah nació en Israel. Se fue de allí cuando era joven y se mudó al Líbano con unos familiares antes de emigrar a Estados Unidos a los dieciocho años. Por lo que entiendo, siempre tuvo roces con los suyos, pero, después de casarse con su difunto marido, que era español, supongo que su comunidad la repudió.

Aunque su historia me resulta fascinante, apenas puedo prestarle atención. No dejo de darle vueltas al hecho de que mi padre, un católico irlandés de manual desde que nació, esté saliendo con una mujer judía.

«Nunca pensé que llegaría a ver esto».

Deduzco que Hannah y Avi no practican el judaísmo. Ambos dicen que se consideran más espirituales que religiosos, pero ahora mismo no tengo la cabeza para intentar descifrar lo que significa eso. No obstante, lo que me sorprende de verdad es que Thomas Harbor, mi padre, esté llevando tan bien todo este tema...

El mismo que me ha estado obligando a ir a una iglesia católica toda mi vida. El que se aseguró de que nos bautizaran a mi hermana y a mí y de que yo hiciera la comunión. El que estuvo mandándome a los campamentos que organizaba la iglesia hasta los doce años y me obligó a ser monaguillo.

Me están empezando a sudar las manos a lo bestia y no puedo parar de frotármelas contra los vaqueros. Es verdad que hace años que no piso una iglesia, pero mi padre todavía se considera un católico conservador.

Lo único que necesito es que se acabe de una vez esta cena. Presiento que me va a dar una migraña de campeonato y ya estoy hasta las narices de tener que guardar las apariencias mientras veo al niño que está sentado frente a mí sonriendo tan campante, como si no le inquietara absolutamente nada en este puñetero mundo y se sintiera super a gusto en *mi* casa.

En cuanto terminamos la cena y el postre, salgo disparado al porche trasero en busca de un poco de aire. Necesito estar un rato a solas para despejar la mente. Todo me resulta sofocante en este momento.

Sin embargo, al cabo de unos escasos tres minutos, oigo pasos acercándose a mí.

—Tienes una casa bonita. —La voz masculina y rasposa que pronuncia esas palabras me tensa la espalda de inmediato y me obliga a girar la cabeza para echar un vistazo por encima del hombro—. Somerville parece guay.

—¿Por qué? ¿Dónde vives tú? —pregunto con una risita cargada de desdén, como si fuera un tío de lo más pedante, pero no puedo evitarlo. No estoy de humor para hablar con él.

—En Malden —responde Avi tranquilamente. No sé si no ha captado el tono mordaz de mi pregunta porque es tonto de remate o porque le da igual y ha decidido pasarlo por alto sin más, pero me inclino a pensar que es la primera opción—. Por ahora vivimos en un apartamento. No está mal, pero me gustaría tener más espacio. Algo parecido a esto.

—Pues, ¿sabes qué? —Me doy la vuelta para encararlo—. No vas a conseguirlo. No sé qué película te habrás montado en la cabeza, pero, si lo que pretendéis tú y tu madre es encontrar a alguien con dinero que os mantenga, ya podéis ir sacándoos esos pajaritos de la cabeza, porque os va a salir el tiro por la culata. Buscaos a otra familia a la que chuparle la sangre y dejadnos en paz.

En sus ojos percibo un fugaz destello de algo parecido a la vulnerabilidad propagándose por ese tono particular de azul claro tirando a grisáceo. Por más que trato de ignorarlo, me es imposible no fijarme en él.

El veneno de mi comentario se diluye enseguida, y Avi, con una de esas sonrisitas despreocupadas que ha estado esbozando durante toda la velada, camina lentamente en mi dirección.

—No te preocupes, superestrella. No me juntaría con un pijo de mierda como tú ni muerto. —Se mete las manos en los bolsillos y se inclina hacia mí—. Echarías por tierra mi reputación. —Me guiña un ojo, gira sobre sí mismo y me deja ahí plantado en la terraza.

Suplico con todas mis fuerzas que haya algo de verdad en sus palabras.

«No van a durar. Ni de coña... Cuando se le pase el capricho a mi padre, recuperará la cordura. Esto no es para siempre».